



KAREN M. ZÁRATE

En la memoria habito

Una historia que se resiste al olvido

BIBLIOTECA DE AUTOR

EL GUARDIÁN LITERARIO

KAREN M. ZÁRATE

En la memoria habito

Una historia que se resiste al olvido

EL GUARDIÁN LITERARIO

Zárate, Karen M.

En la memoria habito / Karen M. Zárate. - 1ª
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El
Guardián Literario, 2021.

(Biblioteca de autor)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8346-54-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

© 2021, Karen M. Zárate

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus
S.R.L.

El guardián literario es un sello de Editorial Bärenhaus

Todos los derechos reservados



© 2021, Editorial Bärenhaus S.R.L.

Publicado bajo el sello El guardián literario

Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.

www.editorialbarenaus.com

ISBN 978-987-8346-54-0

1º edición: julio de 2021

1º edición digital: julio de 2021

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,

mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Sobre este libro

Para entender el presente es necesario releer la historia, porque aquello que está escrito en el tiempo es lo que mantiene viva nuestra memoria.

Carla es una joven transitando los últimos años de la secundaria. En la búsqueda por conformar su identidad, reflexiona incansablemente acerca de quién es, deconstruyendo las indiferencias que han sacudido los sucesos ocurridos en nuestro país.

Su padre, un reconocido profesor de historia del siglo XX, le transmitirá su experiencia y su pasión por descubrir la verdad. En ese camino de la interpretación, las historias se cruzarán atisbando por la memoria, para arraigarla desde el amor, y la más remota y pura inocencia.

En la memoria habito derriba el muro del silencio y rememora aquello que es capaz de sobrevivir a través de los años. Se reconstruye y viaja al pasado para hacerle frente a una época que dejó profundas heridas, muchas de ellas imposibles de cicatrizar.

Sobre Karen M. Zárate

Karen M. Zárate nació el 12 de diciembre de 1990, en Chacabuco, Buenos Aires. Es licenciada en Comunicación Social, graduada de la Universidad Nacional de La Plata. Desde los dieciocho años hasta la fecha se desempeña en redacción, producción y labor periodística. Autora de la trilogía *literaria Eterna Clara* (2018; 2019), declarada de interés legislativo por la Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires (2020), y del poemario ilustrado *La complicidad de los cuerpos* (2019, Bärenhaus).

Comparte sus escritos y recitados en Instagram:
[@karenm.zarate](https://www.instagram.com/karenm.zarate)

Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Sobre este libro

Sobre Karen M. Zárate

Nota de la autora

Dedicatoria

Ser

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Segunda parte

10

11

12

13

14

15

16

17

Tercera parte

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Cuarta parte

28

29

30

31

Sin olvido

Breve historia de detenidos desaparecidos de Chacabuco

Centro ilegal de detención

Bibliografía y fuentes consultadas

Nota de la autora

Entre estas líneas escritas, aún conservo el recuerdo de aquella tarde de invierno en la que la calidez del sol, y a orillas de una inmaculada luz, la curiosidad se pronunció en carne viva, con un dejo de nerviosismo, y un absoluto e inigualable respeto por quien me abriría las puertas, no solo de su casa, sino de su historia, la que todavía conserva en la memoria como el más valioso de todos sus tesoros. Ese que compartiría conmigo, nada más, ni nada menos, que con una joven que todavía se pregunta cómo es que la indiferencia ha sido, y continúa siendo, el peligro más atronador de todos los tiempos.

Con su figura dulce y maternal, pero con las fuerzas de una increíble y arrolladora mujer, dialogamos como si nos hubiésemos conocido desde toda una vida. Lo cierto, es que su rostro, para quien escribe, resultó familiar, porque, cuando se pone en voz alta lo que otros callan, es imposible hacer oídos sordos ignorando la crudeza de la verdad. Nuestra verdad.

Y lo cierto es que, indefectiblemente, experimenté aquella sensación de que ella también pareció conocerme desde mucho tiempo antes de que se concretara aquel glorioso encuentro. ¿Cómo no creerlo? Si previo a la

entrevista, me mostró sus flores más encantadoras, los jarrones moldeados con sus propias manos, y el mate dulce, con rastros de jengibre, más exquisito que he probado.

Ana María me transportó al año setenta y seis. Y regresé con un sabor amargo, colmado de impotencia y de un profundo dolor que, aún, persiste en su mirada y que, finalmente, terminó por mimetizarse con la mía. Y, así y todo, retorné con la obligación humana y democrática de jamás olvidar.

Un intenso temblor se estiraba por su garganta, mientras los recordaba como si hoy estuviesen presentes. Y, con un tono desgarrador, expresó que supieron ver a través de las paredes: tenían una mirada diferente. Ellos y unos treinta mil más.

Gracias, Ana María, por recobrar sus historias, desde el lugar doloroso que tocó a tu puerta hace, ya, más de cuarenta años y que reclama, aún hoy, por justicia. Pude oír sus latidos y percibir el orgullo de un padre, el de una hermana y el de una cuñada, por ser quienes fueron: jóvenes, que se amaron profundamente, comprometidos en lucha con la ilusión de cambiar algo de este mundo en el que les arrebataron la vida. Los desaparecieron, no así a sus voces.

Gracias a las y los compañeros de la Comisión Memoria y Justicia de Chacabuco. También pude escucharlos a través de las palabras colmadas de un inquebrantable amor.

Gracias al Museo y Archivo Histórico de Chacabuco por la calidez con la que me reciben cada vez que esta

soñadora, medio a los tumbos, busca infinidad de respuestas.

Ana María, que entre estas líneas escritas, encuentres un manto de paz y de esperanza para Carmen y Roberto. Este es mi mayor deseo y mi máspreciado legado.

Chacabuco, agosto 2019

Si bien algunos personajes han sido contruidos con testimonios verídicos, y el Golpe de Estado Cívico Militar del 24 de marzo de 1976 se registra en la Argentina como la historia más oscura del país, esta novela es expresamente de carácter ficcional.

*Para quien haya sabido
transformar el dolor en su mayor fuerza
y el no olvido en una infalible resistencia.*

*A María del Carmen,
Roberto,
José Alberto,
Haroldo,
Jorge,
Liliana,
Eduardo,
Marta Mónica,*

*y a las treinta mil semillas
que serán todas nuestras flores.*

Ser

Mi nombre es Carla. Carla Belmont. Así, a secas. Hija única. Una adolescente de dieciséis años que, con el tiempo, se declaró fervientemente vegetariana. Confieso que solía probar algunos bocados de pescado cuando me cumplían el capricho de pedir *Sushi*. Cena para *fifí*, me decía papá cada vez que, con extrema delicadeza, apoyaba las bolsas sobre la mesa para no derramar la salsa de soja.

No perduró demasiado porque, finalmente, el vegetarianismo, que había comenzado como rechazo hacia la carne porque no me apetecía, se convirtió en una filosofía de vida. Filosofía que mamá no comprendía. Una moda que, para papá, pronto acabaría.

La nueva juventud, Silvia, argumentaba en broma. Lo rememoro nostálgica. Los extraño, pero sé que están mejor. Por lo menos, estando juntos, es mucho más sencillo de sobrellevar. Eso me tranquiliza.

El otro día supe que intentaron reconciliarse. Conmovedor, sobre todo, cuando existe la posibilidad del perdón. Conociéndola a mamá sé que le dará una segunda oportunidad, pero no creo que olvide. No es por rencor, es para recordarse que, ella, no fue la culpable.

Las intenciones de Marquí, como lo apodé, seguramente sean demasiado buenas; y demasiado aceleradas para conseguir recuperarla.

Mamá es estupendamente tranquila. Cuando digo tranquila es en sentido literal. Se maniobra a paso lento, no es costumbre su enfado y, para ella, el tiempo no es un problema del que preocuparse. Ahora lo comprendo.

A diferencia de Silvita, papá es un torbellino. Su energía, su manera de ver la vida bañada en optimismo y su agilidad para resolver las situaciones, me cautivan. Sí, me contagió su astucia y su entusiasmo. Amo su inteligencia, más allá de sus errores. ¡Nadie es perfecto! También, en este momento, lo entiendo.

Corporalmente soy igualita a mamá. Cabellera rubia, ojos color miel, tez blanquecina, demasiado para mi gusto, estatura media. Nada extravagante, pienso. Aunque papá me recuerde que soy la mujer más hermosa de la faz de la tierra. Me sonrojo.

¿Es exagerado? Aún intuyo que todo padre quiere hacer sentir a su hija como a una princesa. Está bien, mientras advirtamos que los castillos, los bosques encantados y las hadas existen solamente en los cuentos de ficción.

¡Y ni me pregunten por el príncipe azul! Ese sí que fue un invento tan irreal. ¿A quién se le ocurrió semejante exorbitancia de ser? Fuerte, valiente, buen mozo y caballero, sobre todo, héroe destinado a rescatar a su dama para convertirla, en un futuro cercano, en reina y cuidarla en las inmediaciones de sus aposentos. Una cosa es el

fetichismo de lo que se crea alrededor del amor y otra, bien distinta, es el amor en todo su esplendor.

Me repugna tanta descripción embelesada. Como sospecharán, tengo un drama con el sexo opuesto, pero se los contaré otro día cuando resuelva cuál es mi propósito.

Sin embargo, no puedo negar que papá, para mí, sí es un héroe. El único que para hacerlo no necesita capa, ni espada, aunque se haya mandado las suyas. Jamás podré perdonarle que le haya roto el corazón a mamá: eso de perdonar, pero no olvidar, lo heredé de ella. Y, en esa, la banco a Silvita.

Viven días grises. Lo sé y me parte el alma, si es que todavía la conservo.

Me encuentro sola y observo a mi alrededor. Está fresco, mi cuerpo logra percibirlo. Mis manos temblequean, estoy un poco sudorosa, y mis pelos vuelan con las ráfagas que azotan en este sitio.

No tengo miedo, tengo curiosidad. Me provoca saber qué hay al final de ese camino en el que brilla una tenue luz; aunque, todavía, no estoy preparada para cruzarlo. Intuyo que algo o alguien me detiene. Sin preocupaciones, a esta altura, no llevo prisa y eso es lo que más me divierte.

Reflexiono, ¿cómo es que llegué a esta instancia? Repentinamente surgen imágenes como si pertenecieran a otra vida. Como si todo aquello que aprendí, se desvaneciera por completo y, cuando atina a querer borrarse de la memoria, resurge a gritos.

Las voces me envuelven disipándose entre mis oídos. Los cinco sentidos se alarman cuando quiero dormirme. Es un cansancio aterrador y agobiante, que me mantiene en vilo, y atenta a lo que vendrá.

Es impredecible. Soy impredecible. Acá, las cosas son muy diferentes a las que, alguna vez, supe conocer, pese a que arrastro una historia conmigo, la que define mi calma. No estoy perdida, lo sé. Solo tengo que descubrir el camino a casa.

Los veo, los distingo. Escucho sus carcajadas, también el llanto y la tristeza que los une. Me prometieron volver. Sé que no romperán con su palabra. Y yo sé que aquí estaré, así sea lo último que haga.

Primera parte

1

—¡Buenos días! A levantarse. No querrás llegar tarde por enésima vez al colegio —dijo a las apuradas desde la puerta de ingreso al dormitorio.

—La vas a espantar si continuás alzando la voz de esa manera, Marco.

—¡No seas exagerada, Silvia! La reprenderán, nuevamente, si no llega a tiempo. Y sabés cómo son de estrictos en esa escuela —contestó mientras miraba su reloj pulsera.

—El mundo no se acaba por llegar tarde a clases y te recuerdo que fuiste vos quien la inscribió en ese colegio tan conservador —pronunció tomándole la mano, cuando lo besó en su rosada mejilla.

—Conservador, no. Disciplinado, sí —respondió con dulzura.

—Puedo oírlos murmurar desde acá —expresó con la voz ronca—. ¿Tengo que ir, mamá? Me duele el estómago.

Ambos se contemplaron, ya conocían la estrategia de la chiquilla para evitar cumplir con su única obligación: finalizar la secundaria.

—Esta vez no sucederá. Ya mismo te levantás para desayunar, Carla.

—¡En verdad me duele, mamá! Seguramente fue por ese pedazo de carne que te empeñaste en que comiera, Silvia.

—¿No empezarán a discutir a esta hora de la mañana, verdad, chicas? —preguntó con una sonrisa que asomaba en su rostro.

—No, Marco. Pero ya que insistís, podrías ser vos quien le diga que en esta casa lo primordial es estudiar. Ahora, si me permiten, iré a encender la cafetera. En cinco minutos te quiero en el comedor, Carla. ¡No olvides abrigarte que está fresco!

Emitió un largo y tendido suspiro apretando su cara contra la almohada. —¡Por qué! —exclamó.

—Porque tener la posibilidad de aprender es lo más maravilloso que hay. Te propongo que te levantes, te laves la cara y verás cómo todo se aclara. Solo es cuestión de saber mirar con otros ojos. Hay tantos jóvenes como vos que...

—Ya sé —lo interrumpió—. Jóvenes como yo que quisieran tener mis oportunidades. ¡Ay, papá! No hace falta que me lo repitas todo el tiempo.

—Parece que sí. Vivís en la queja —le sonrió girando sobre sus pasos y añadió—: hoy puede ser un gran día, señorita.

—Lo será para vos que no tenés que soportar las hormonas flotando por el aire en esa estúpida escuela —murmuró de mala gana.

Todo su cuerpo se predisponía a avanzar en cámara lenta cuando se trataba de hacer lo que no le gustaba y eso implicaba tener que tolerar a sus compañeros de secundaria, y a uno en particular.

Se apresuró, inquieta. Sabía que cuando Silvia ponía el grito en el cielo era porque acudía a su última pizca de paciencia. Y no pretendía que su madre, que era la dulzura personificada, llegara a ese extremo. Aunque, si se lo proponía, conseguía sacarla de sus casillas en un santiamén.

A Silvia, le disgustaban las discusiones, particularmente aquellas que giraban en torno a la política. Ser mansa, le hacía revolver las tripas cuando escuchaba a su marido dialogar en cólera con sus parejas amigas sobre la situación que atravesaba al país.

Por aquella época, un 2015 abarrotado en elecciones nacionales, la famosa grieta estaba más ferviente que nunca entre los simpatizantes y militantes que se disputaban los destinos de la patria.

En fin, un pleno agosto que ponía sus ojos y toda la carne al asador para definir las presidenciales. Una Córdoba, capital, eufórica por los colores partidarios de un amarillo que buscaba derrotar en las urnas al proyecto nacional y popular, que cumpliría sus doce gloriosos años para la memoria de los argentinos y las argentinas. La historia, más adelante, sería testigo de los globos y de una realidad diferente para una república que supo crecer y desmoronarse en poco menos de cuatro años.

Para ese entonces, a la familia Belmont dejaría de interesarle la política. Todo, excepto una cosa, dejaría de interesarles.

Se recogió el pelo con una cola de caballo tirante. Ese día, la humedad no colaboraba con el nido con el que se había despertado en su cabeza. ¡Duchate tarde, Carla! Sos un desastre, se retó. Ni el calor de la planchita la salvaría ese día.

Sin demasiadas ganas, se colocó el uniforme escolar y cuando estuvo lista, sujetó su mochila y su campera de cuero negro, que tenía reposando sobre el perchero, disponiéndose a descender por las escaleras que separaban los ambientes.

—¡No te lo digo más, Carla! —expresó con euforia su madre.

—No grites que estoy al lado tuyo, Silvita —le hizo saber sentándose a su cercanía.

Compartieron el desayuno. Era un hábito familiar. Marco, leía el diario “La Voz”, como era su costumbre, mientras las mujeres servían las infusiones y las tostadas con dulce de leche y manteca.

—Pa. ¡Papá!

—¿Qué hija?

—Tu tostada —indicó con una sonrisa asomándose por sobre sus labios.

—Gracias. Estaba concentrado.

—¿Qué lees tanto? A veces quisiera poder ser constante con la lectura.

—Leo actualidad, es importante mantenerse informado. Pero, la tenés.

—¿El qué?

—La constancia en la lectura.

—No, no lo creo, Marquí —contestó un tanto apagada.

—Claro que sí, hija. Solo que no lo ves.

—¿Cómo así? Ay, papá. Vos y tus ocurrencias.

La observó, porque había veces en que no comprendía a su niñita. Pero sí entendía que era propio de la edad. — ¿Sabías que Jorge Luis Borges, alguna vez, consideró que el libro es una extensión de la imaginación y de la memoria?

—No. Y tampoco tengo idea de Borges —se sonrojó avergonzada.

—A su tiempo. Comenzaré por obsequiarte una novela de un autor norteamericano que, en su momento, me marcó muchísimo porque fue el inicio de mi amor por la literatura.

—¿Y quién tuvo el honor de provocar eso en vos?

—Sidney Sheldon, el gran maestro del suspenso.

—Me intriga —musitó, aunque no tenía ni idea a quién se refería. No conocía la prosa del escritor argentino, mucho menos la de un autor *yankee*.

—Y cuando leas sus historias, no vas a querer perder su rastro.

—Lo que digas —mencionó levantando los hombros como si nunca llegase a esa instancia o a conectarse con ese amor platónico por los libros.

—Tomá tu café con leche, Carla. Se te va a enfriar.

—Obedecé a tu madre, que vas a llegar tarde otra vez.

Las mujeres se miraron, porque Marco podía ser increíblemente tentador e inclusive, encantador con sus historias y experiencias, pero cuando se trataba de cumplir con sus quehaceres cotidianos podía mutarse un tanto obsesivo.

—¿Alguien te dijo alguna vez que sos un poco obse, pa?

—Sí, Silvita me lo recuerda todos los días desde que la conozco —comentó guiñándole el ojo derecho a su mujer.

—Mejor me voy antes de que comiencen con sus reproches matrimoniales matutinos.

—Tu padre y yo nos queremos. Y con eso basta, Carlita.

—¡Guácala!

—¿Guácala, qué?

—Guácala eso que hacen cuando les estoy dando la espalda.

—¿Darnos un beso en la boca? ¡Ya lo entenderás cuando estés enamorada!

—Eso, ¡nunca! —se prometió mientras se despedía de sus padres para emprender camino hacia la escuela. Pero, previamente, debía pasar por Margarita, su mejor amiga desde la infancia y con quien enfrentaría el mayor de sus pesares.

2

Marco Belmont. Descendiente francés. Así lo indican sus antepasados. Belmont, como la población y comuna francesa, en la región de Champaña-Ardenas, creada en 1789 durante la Revolución Francesa y donde, para el siglo XX, fue escenario de importantes batallas de la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Según las profundas investigaciones de Marco, un acérrimo devorador de los procesos históricos, de allí su profesión y su devoción por la Historia del siglo XX, actualmente, Belmont cuenta con tan solo cincuenta y cuatro habitantes.

Su pecho se infla cuando, por las noches, rastrea en su *notebook* las imágenes que hacen invocar su pasado y al típico pueblo rural. Aunque, jamás consiguió que Silvita tuviera la misma admiración hacia sus generaciones pasadas.

Marquí conoció su amor por la historia, ya desde pequeño, al descubrir su fanatismo por los personajes inventados, mundos recónditos e increíbles, amores impredecibles, sitios escondidos y viajes a través del tiempo, gracias a la voluminosa biblioteca de su padre.